

Acción social de las Sociedades Cooperadoras de la Educación (*)

Señoras: Señores:

Quien lea cualquiera de nuestros periódicos, sin excluir los más mentados, y quien oiga a los que en libros se ocupan de nuestras cosas colectivas, se enterará de una crítica bastante pertinaz contra el gobierno, contra la administración y contra todo lo que sea elemento director en el determinismo social. “Los gobiernos, se dice, hacen demasiada política y poca y mala administración; olvidan los intereses del pueblo, cuando no los regentan con criterios contradictorios, por lo mismo que atienden exigencias de círculos y no generales, e ignoran que la función gubernativa es esencialmente de altruismo y de sacrificio, que hagan posponer lo individual a lo solidario, los hombres a los principios y lo efímero de nuestros gustos y ambiciones a lo perdurable y sagrado de las necesidades de la patria”.

La retahíla es larga, tan interminable como sempiternamente monótona en el fondo, aunque varíe su aspecto modal según las circunstancias: ya para fustigar la máquina oficial en las elecciones, ya para condenar la entronización gubernamental de advenedizos o de vulgares turiferarios, ya para clamar contra una beneficencia de lo más empírico y exiguo, ya para fulminar un pésimo empleo de las rentas públicas, ya para tronar contra un sistema educacional tan pobre en cantidad como desvirtuado en calidad por cizañas de politiquerismo.

En cuanto ello pueda representar prédica y ansia de reforma y de mejoras, nadie puede ponerlo en tela de juicio: no hay arma vedada, en principio, para la lucha que supone

(*) Conferencia dada al personal directivo y docente y a las Sociedades Cooperadoras de la Educación del C. E. 18.º

la conquista de ideales nacionales. En cuanto pueda entrañar verdad pura y total, es difícil que la consiguiente premisa pueda sostenerse.

Señores: Nuestros gobiernos y nuestros hombres representativos y directores, son, como todos los gobiernos y como todos los hombres representativos, una simple exteriorización de su ambiente, los primeros esclavos del medio en que actúan. Si en la apariencia mandan y propulsan, en realidad no hacen otra cosa que obedecer a las sugerencias corrientes e imperantes en el seno de la población. No habría en Inglaterra, en Alemania o en los Estados Unidos, por ejemplo, y en lo general de las situaciones, ningún funcionario que pudiera, con impunidad, dejar de lado una prescripción legal, "volcar" registros electorales, malversar fondos fiscales o convertir una repartición en refugio de individuos incompetentes. ¿Por qué? Simplemente porque la opinión pública, formada por la conciencia sentida de individuos capaces de pensar y de comprender, obra desde luego preventivamente para que tales hechos no puedan producirse, y, en el peor de los supuestos, es capaz de quejarse, de promover campañas por la prensa y por intermedio de asociaciones privadas de todos los órdenes, para obtener, fatalmente, el castigo de los culpables. Hay allí en el pueblo una noción tan viva del deber, una suma tal de moralidad dominante y un sentido tan acentuado de las funciones públicas y del colectivo solidarismo, que son toda una fuerza social, y que obran con la intensidad multiplicada de cualquier sentimiento, de cualquier anhelo que arraiga en el conjunto de los habitantes. ¿Quién pone dique a las masas de Espartaco y de Tupac-Amarú? ¿Quién contiene los aludes de la revolución francesa? ¿Quién puede trabar el violento cleaje de nuestro movimiento emancipador?...

Nuestros pueblos, por desgracia, se hallan en estas cosas, que son de sentimiento y no de instinto y que arraigan en el espíritu y no en lo orgánico, lejos de una situación así. ¿Qué conciencia sentida pueden tener del deber del voto, del mecanismo institucional del país y del juego de los intereses superiores de la cultura y de la moral profesional, cívica y simplemente social, si sus miembros empiezan por no saber ni leer en proporciones que entre nosotros oscilan alrededor

del cuarenticinco por ciento, y que en otros países hermanos alcanzan a las cifras increíbles de 70, de 80 y aún de 90 o|o? ¿Cómo pueden darse cuenta de fenómenos superorgánicos y sociales, si sus horizontes no van más allá del círculo de lo inmediatamente individual? ¿De dónde y cómo podrían asimilar el concepto de lo colectivo del dinamismo económico y político, si empiezan por no conocerlo, por no saber observarlo, por no estar en condiciones de conversarlo y de madurarlo en lo objetivo y fatal de su esencia?

Es fácil cargar a los gobiernos con desaciertos y con deficiencias de todos los órdenes y de todas las magnitudes, como es siempre fácil encontrar defectos y hallar errores en quienquiera que se libre a una acción complicada. Es cómodo achacar la culpa a los gobiernos, porque éstos son los agentes más directamente ostensibles de la propulsión y del determinismo, y porque de tal suerte se tiene a la mano la víctima expiatoria de males que en nuestra simplista psicología y en nuestros juicios fulmíneos creemos que responden a un factor único.

Es fácil y es cómodo hacer responsables a los gobiernos de lo empírico y hasta contraproducente de la marcha de nuestras instituciones. Pero no es del todo justo. Los gobiernos, como cuanto es representativo en un medio social cualquiera, son simples expresiones, son meras resultantes, son puros reflejos del ambiente en que actúan. Es este, desde luego, quien los ha hecho, ya con su indiferente pasividad, ya con su inconducta en una elección en que no se ha tenido reparo para trasuntar una voluntad independiente y altiva, o en una revolución cualquiera en que se ha tolerado las audacias de unos pocos o se ha contribuído con el extravío de prejuicios tan infantilmente ilógicos como fatalmente malos. Y después, el gobierno subsiste con la colaboración de ese mismo ambiente, le donde saca los agentes de que se vale, del cual surgen las ideas-fuerzas con que todo el mundo se nutre, y al cual responde en la medida y en la forma en que las correspondientes necesidades se exteriorizan y concretan.

El pueblo, pues, en la expresión limitada de la masa anónima de los desamparados de la cultura y de la posición, permanece, por la fuerza negativa de su ignorancia, ajeno a los movimientos del superorganismo social. Y el resto de la po-

blación, en lo que se llama clases medias y superiores, en lo que hay de activo y consciente en las propulsiones colectivas, se desentiende de sus funciones naturales: aquí se limita a vivir su vida de círculo, posponiendo a las consiguientes conveniencias los intereses sacrosantos del conjunto de los habitantes y del país entero; allí tolera a los gobiernos actitudes y conductas que no son modelo de altruismo y de alta y previsora política; y, lo que es peor, en no pocas partes contribuye a falsear las leyes y a menospreciar los derechos, bien desde un cargo oficial que se subordina a razones y motivos de partido, bien desde una función de profesiones superiores que se mira como instrumentos de logrerías en lugar de considerárselas como órganos de cultura y hasta de moral, bien desde la simple vida privada de la riqueza y de la posición social que por una desidia que nos es como connatural y clásica se ensimisma en un aislamiento que es la garantía misma de su decadencia y aún de su suicidio, puesto que en la unidad social, lo propio que en los seres biológicos, todos los órganos son solidarios, ninguno marcha independientemente, y el bienestar de la totalidad no puede resultar sino de la colaboración estrecha, perdurablemente armónica, de cada una de sus partes, so pena de que el órgano que deje de llenar sus funciones se vea aminorado progresiva y fatalmente por otro que lo reemplaza y substituye.

¿Qué hace entonces, nuestra población en cada una de sus tituladas clases sociales, para afirmar dentro de sus respectivas esferas los factores que les den previsora y fecunda consistencia? ¿Qué hace, luego, el conjunto de esas clases para confraternizar sus respectivas fuerzas, para aunar sus sentimientos generales, que deben ser las fuerzas y los sentimientos del país entero, en demanda del ideal común del bienestar de cada uno dentro de la ventura del conjunto? ¿Se hace ella respetar? ¿Se hace ella temer? ¿Ejerce funciones de freno y de contralor? ¿Integra, con lo cálido de la iniciativa particular, la acción oficial de los municipios, de las provincias y de la nación?...

“Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen”, dice por ahí la infalible sabiduría popular de todos los países, condensando en una frase la gran verdad de que los pueblos tie-

nen las instituciones, la moral, la educación, la ciencia y todo el resto sociológico que se merecen, esto es, que son capaces de darse, en cuanto no son sino natural y espontánea consecuencia de las ideas y de los sentimientos predominantes. Es que es así cómo se entreteje el determinismo colectivo: con causas que son generales y no individuales, que son complejos estados sociales y no meras actitudes personales, que arraigan en el pueblo entero y no solamente en sus directores y titulados representantes, y que vienen desde abajo, desde lo anónimo, desde lo indeterminado de la total entidad, y no desde arriba, desde lo particular y limitado de unos pocos.

No seré yo, a buen seguro, quien haya de quemar incienso en favor de nuestros gobiernos y elementos directores. Bien me constan, como a todo el mundo, sus desganos, sus inconsecuencias y hasta su misma acción disolvente en más de un supuesto. Ni seré yo, tampoco, quien haya de descargarlos de una responsabilidad que es simplemente inmensa, por lo mismo que son los que están en las mejores condiciones para desenvolver una conducta que redunde en actos de positivo valor, en cuanto disponen de la capacidad (sea ésta todo lo relativa que se quiera), de los recursos y del poder para mandar y para hacer.

Pero, señores, debemos ser más ecuanímenes en nuestras fulminaciones, y reconocer que también nos toca una buena parte de culpa y de responsabilidad en las situaciones de que tanto nos quejamos. Los gobiernos no lo pueden todo, por la obvia razón de que no lo son todo. También se gobierna con la prensa. También se gobierna por los libros. También se gobierna con la obra privada de individuos y, sobre todo, de asociaciones que miran más allá de los intereses mezquinos o efímeros y que hacen un culto de las cosas colectivas, del desinterés y, acaso, del mismo sacrificio por ideales superiores como son todos aquellos que no se resuelven en provecho propio.

Por eso quiero tributar mi reverente homenaje a las beneméritas instituciones que aquí nos tiene hoy congregados. Un buen día algunos vecinos llenos de honesta intención y con visión clara de las cosas, se juntan, en una iniciativa plausible, debida al Inspector técnico del distrito, nuestro común y estimado amigo, el doctor Salas, y se proponen coadyuvar a la

tarea de la educación dentro de medios compatibles, y en cuanto se tratase de integrar, en alguna de las mil formas posibles, la obra de las autoridades educacionales de la localidad. Ahí tenéis a los miembros de la asociación que así naciera, preocupándose de procurar algún alimento a los niños en las mismas escuelas, supliendo la imprevisión, acaso la menesterosidad, de sus padres, menos para temperar los rigores de un ayuno relativamente largo, que para hacer sentir a los pequeños educandos —que se desviven, como seres humanos que son, por un poco de calor afectivo de parte de sus semejantes— una mano amiga, una voz cordial y un testimonio de altruista solidarismo que vincula y hermana en lo que la naturaleza cuenta de más grande y de más hondo: en la simpatía recíproca y en el amor del prójimo.

Ahí los tenéis tratando de conseguir vestido y calzado para las poblaciones escolares. Ahí los tenéis visitando los hogares de los desamparados, para estimular el cumplimiento de la gran obligación educacional, lo que les da pie y motivo para que conozcan y puedan aliviar más de un dolor; para que se penetren de necesidades que nosotros ni sospechamos desde la relativa altura en que nos desenvolvemos; y para que descubran, al lado de cuadros de aflicción y de pena, escenas de ignorados y silentes heroismos de más de un padre y de mucho más de un hijo que realizan milagros de labor, de devoción y de ternura en que se prepara el futuro ciudadano y hombre.

¡Oh, lo sé bien! Estoy magnificando e idealizando una situación que hasta ahora es de cantidad y de calidad proporcionadas en el tiempo y en el espacio, por mucho que haya asociaciones como ésta en casi todos los distritos de la Capital, y por mucho que en esta misma localidad existan otras análogas paralelas a la que hoy nos auspicia. Pero lo hago con toda intención. Es que quiero aludir a la posibilidad, a la potencialidad que entraña el movimiento de que es fruto esta asociación. Es que contemplo la visión de un gran número de asociaciones que multipliquen la iniciativa privada, y que al propio tiempo la intensifiquen en todos los órdenes de la vida: en educación, en beneficencia, en sana política (que no sea la efímeramente electoral que nos atosiga, y que muere, y nace, y cambia con cada elección), en ciencia, en arte y hasta en alegres expansiones, y que mezcle a toda la población, en las mil formas del

determinismo colectivo, en la propulsión de nuestras fuerzas y en la conquista de nuestros ideales. Es que deseo vislumbrar, siquiera en mi fantasía de iluso, esa gran ventura de la colosal familia argentina sedimentada sobre la base del mutuo intercambio de todos los afectos, de la pulsación sincrónica de todos los corazones y de la soberana comunión de todas las almas...

Pero la realidad me obliga a descender de esas alturas de mi vuelo imaginativo, en las cuales se goza de beatitud cabalmente por lo fulmíneo de la visión. Dejemos, entonces, a ésta allá en las regiones siderales donde por hoy se encuentra, para que, como la estrella polar, nos sirva siquiera de fanal y de celeste guía.

Y permitidme que de esta realidad no considere sino algunos de sus tópicos, en homenaje a la brevedad que debiera ser una de las primeras normas de toda conferencia, sobre todo si se trata, como es el caso, de una simple conversación mal hilvanada como es la mía.

Quiero, ante todo, hacer resaltar una circunstancia que reputo del más feliz augurio. Aludo a la participación de la mujer en las actividades de "nuestra" Sociedad. Nosotros, los hombres, tenemos la vanidad de creernos los ungidos para todo. No son muchos aquellos que se dan cuenta de que en más de un supuesto no servimos sino para muy poco sin el concurso de la mujer. Tenemos el grave defecto de mirar las cosas en su conjunto, en lo general de sus características y aspectos, casi diría en grande. Y tenemos la aún más fuerte deficiencia de reducirlo todo a términos intelectuales y de razón. La mujer está mucho más cerca del detalle y de la concreción que nosotros: allí donde nosotros vemos "un" niño, ella ve "el" individuo y niño; allí donde nosotros no descubrimos otra cosa que un vicio o una cualidad, ella descubre un vicioso o un virtuoso; y allí donde nosotros no hallamos más que reglas o leyes, ella encuentra factores y efectos de situaciones positivas. De otro lado, ella aporta el tesoro inestimable de su exquisita sensibilidad, lo que no es sin duda nuestro fuerte. Observad, si no, en general, a quién quieren más los infantes, y notaréis que no es al padre sino a la madre. Es que esa función natural de la maternidad, es que ese contacto permanente con el niño desde que éste nace, es que esa cons-

tante tarea de los cuidados, es que esa ansia inextinguible por formar del todo un nuevo sér en el tributo a la vida soberana; es que todo ello le desenvuelve aptitudes afectivas tan amplias y hondas, le facilita un conocimiento tan prácticamente eficiente del niño, que llega como a identificarse con éste y a penetrarlo, con las clarovidencias de su genial intuición, en lo más recóndito de sus deseos, de sus condiciones y de sus aspiraciones. Y es así cómo el más perfecto de los silogismos de un padre puede mucho menos que la simple sonrisa de una madre. Y es así cómo es de menor resultado la orden severa, el mismo castigo de un padre, que el apenante desvío o la lágrima afligente de una madre. Y es así cómo ésta consigue ser, sin quererlo, por virtud inconsciente de simple afinidad, mucho más camarada del niño que cualquier hombre: porque se enternece con su llanto, porque premia sus alegrías, porque interviene en sus solaces, cuando no los provoca... A algo ha de deberse el que nuestras leyes, como todas las del mundo civilizado, prescriban que las clases infantiles sean regenteadas por maestras y no por maestros; y el que en los más grandes congresos del mundo sobre protección de la infancia, como los celebrados en Bélgica en los últimos veinticinco años, se haya auspiciado la colaboración de la mujer en la obra de regeneración de la infancia, y aun de la misma adolescencia, con motivo de la organización y régimen de las allí denominadas "escuelas de beneficencia", esto es, establecimientos que como las "industrial schools" de Inglaterra y los "reformatorios" de otros países, tienen por objeto corregir a los menores anormales o delincuentes, mediante la estrecha colaboración de una educación médico-pedagógica adecuada y de una profesionalización que les dé hábitos de trabajo sano y hasta un medio honesto y seguro de vida, para que luego sean elemento útil y moral en el seno de la sociedad y de la humanidad de que antes desertaran.

Continúe la mujer — la actual madre de familia, la futura madre de familia, la eterna fuente de todas nuestras masculinas determinaciones — en la tarea de aportar a la gran obra ese rico sentimentalismo de que es depositaria, tan plácido y suave como un rayo de luna que riela sobre el tranquilo y perfumado arroyo en una noche de tibia primavera, tan dul-

ce como una caricia, tan sutil como el éter y tan sugestionante como la obsesión de un primero, de un impoluto amor de juventud. Está ella en eso en sus funciones naturales y privadas. El corazón humano es una lira de mil cuerdas que ella sola sabe tañer, para obtener arpegios y modulaciones que hablan al alma, y armonías y sinfónicos acordes que son como un eco de los cielos, si no un lenguaje divino transmutado en un canto que nos inunda de beatitud y que nos mece allá en las ideales regiones del paraíso artificial de los ensueños...

¡Oh, sí! Dejadme que invoque a la mujer, y que sacrifique en el ara de su templo. Hay una deuda para con ella que jamás le pagamos: la de su maternidad dolorosa y solícita. Hay un premio que no le acordamos: el de su virtud serenamente conservadora que tempera nuestro revolucionario masculinismo, y que es la prenda más segura de la perdurabilidad de la raza y de la misma especie. Y hay un título que difícilmente le reconocemos: el de nuestra ineludible compañera en la inmensa mayoría de nuestros actos, y nuestro reconfortante tónico en los momentos de desfallecimiento. Dicen por ahí las religiones que cada uno de nosotros tiene a su lado un invisible ángel tutelar que lo protege. Y dicen verdad. Pero ese ángel tutelar no es otro que la mujer: ya en la madre que alienta con su blanda mirada o con el consejo previsor que adivina más que lo que razona, algo así como la madre de Vigny, de Hugo o de Lamartine; ya en la hermana desinteresada —emblema de sacrificio!— que como Jacqueline Pascal o como Enriqueta Renan o como Elizabeth Færster-Nietzsche, se consagra a nuestras labores y nos estimula con el milagro de su devoción; ya en la amada que como la Laura del Petrarca, la Beatriz del Dante, la Elvira del delicado cantor de las “Armonías” y de “El lago” o la sublime María de Jorge Isaac, es el venero inextinguible de nuestros pensamientos más altos y de nuestros sentimientos más hondos y puros; ya en el mero símbolo de la mujer ideal que, en nuestras visiones de adolescentes o de ilusos, imploramos como en una plegaria y veneramos con el más místico y el más intenso de los cultos.

Y cuando la mujer llega, como es aquí el caso, a hacer prácticamente suya la causa educacional, en una obra del más preclaro desinterés, toca, sin duda, sea cual fuere la magnitud

del correspondiente movimiento, en los lindes de las más altas expresiones del altruismo.

Señores: Nuestros pueblos noveles tienen delante de sí una larga teoría de problemas que resolver para alcanzar la relativa consolidación que les dé, tanto en lo material como en lo moral, alguna fisonomía propia y garantías suficientes de expansión y de vida próspera. Deben, así, aumentar enormemente en población, asimilar el extranjero, formar el tipo nacional, intensificar sus industrias, decuplicar su comercio, reformar y mejorar su moral y encauzarse por los carriles de la civilización del mundo con un crédito, con una general riqueza, con una cultura y con un ennoblecimiento de las masas populares, que les den voz en el concierto internacional y que inspiren respeto en el juego de los intereses universales.

Vastos y difíciles problemas, que suponen una acción tan firme como lenta para modificar factores y para auspiciar resultados consiguientes. Todas las causas deberán obrar en la magna tarea: las inorgánicas del suelo, del clima y de todo el resto físico y astronómico; las biológicas de la raza, de la herencia y de la consiguiente adaptación al medio; y las psicológicas que modelan el espíritu y definen una voluntad abúlica o llena de iniciativa, una intelectualidad que se paga de formas exteriores y de palabras o bien de espíritu investigador y analítico que va al fondo de la realidad y que se desvive por "hacer" y no por hablar, y una sensibilidad que permanezca en el misterio de los instintos o que surja al claror meridiano de los impulsos del vinculador solidarismo y de la honesta y altiva virtud.

Si los dos primeros de los indicados órdenes de factores son fatales e irremediabiles, por lo mismo que están fuera, más allá de cualquier acción humana; no acontece lo mismo con los últimos, con los psicológicos, con todo lo que haga a nuestras ideas y sentimientos. Estos son típicamente gobernables y reformables en la inmensa mayoría de los posibles supuestos, con las únicas excepciones de lo que se deba a una tradición sostenida (que nosotros no tenemos, por ser pueblos nuevos y por sufrir el influjo de los extranjeros que en nuestro propio suelo y desde el viejo mundo nos importan nuevos elementos mentales y afectivos) y de lo que corresponda a casos extremos que por eso mismo son raros.

Ese gobierno, esa reforma de nuestra idiosincrasia psíquica se hacen patentes ante la circunstancia de que otros países, como los Estados Unidos, que han estado originariamente en nuestras mismas condiciones generales, sean ya modelos de consistencia, de civilización y de grandeza, hasta contar entre los primeros del mundo en casi todos los órdenes de su dinamismo; al paso que los nuestros tienen en perspectiva bastante remota todavía, y salvo diferencias graduales y notorias que no hay porqué especificar, el orto auroral de su ascensión y de su bienestar.

Y ese gobierno, y esa reforma de nuestra entidad espiritual no pueden ser efecto sino de una sugestión adecuada que nos dé propensiones y hábitos de que hoy carecemos, como serían la acción fecunda, la espontánea iniciativa individual, el respeto a los derechos ajenos, el homenaje a las leyes e instituciones y todo cuanto es prenda de espiritual virilidad y de conducta firme y recta como un rayo de luz o como una ley matemática.

Esa sugestión tiene un nombre especial: se llama educación. Esta es la gran palabra de nuestro gran deber: educación, educación por todos los medios, educación en cualquier forma, educación en todos los momentos y con cualquier motivo. Tal ha sido, y es, la voz de orden y el santo y seña de los sociólogos, de los educadores y de los titanes de nuestra organización, de los cuales no citaré sinó a los muertos como Belgrano o Rivadavia, como Echeverría en su "Dogma socialista", como Alberdi en sus marmóreas "Bases" y en su vibrante "Luz del día", como Estrada en los camafeos de varias de sus alocuciones, de no pocos artículos y de casi todas sus memorias educacionales, y como Sarmiento el Gigante en cada uno de los soberbios brochazos de sus cincuenta y tantos volúmenes.

Es eso lo que requiere nuestro pueblo: educación y no otra cosa; educación, y no leyes que no se cumplen; educación, y no imitación artificiosa y hasta servil de literaturas exóticas cuando no degeneradas; educación, y no revoluciones que desangran, que dejan odios y que sólo cambian lo exterior del ropaje sin tocar para nada lo íntimo de las costumbres y prácticas; educación, y no poliquerismos electorales, ni infantiles manías innovadoras, ni acciones mentidas de pretendidos su-

perhombres que creen, acaso con sinceridad, poder reformar desde arriba (como quisiera hacer Porfirio Díaz en Méjico), y que no realizan otra cosa que una tarea personal que se descuaja tan pronto como desaparece de la escena el individuo que la propulsara, como se esfuma y diluye una tormenta de verano ante la permanente acción solar, y como se desvanece el perfume de una flor bien poco después que se la arranca de la planta que le daba aliento y vida...

Bien entendido, señores, que cuando digo educación no digo instrucción, porque ésta no es más que la educación mental y la cultura del intelecto, al paso que aquélla es la total disciplina del sér humano en el juego armónico de un espíritu con ideas y con impulsos, con inteligencia y con carácter, y de un cuerpo que sea una orgía de fuerza, de salud y de orgánica belleza. Bien entendido, igualmente, que si hablo de educación no me refiero a las escuelas propiamente dichas, ya que aquella cabe en todas partes — en el hogar, en la calle, en la vida cívica, en la actividad profesional, en la auto-experiencia y en el conjunto entero de las cosas y aspectos de la vida— y no solamente en establecimientos dados; y ya que no supone necesariamente maestros, ni planes, ni exámenes, ni todo el resto escolar, por lo mismo que no es otra cosa que el simple desenvolvimiento de nuestras aptitudes individuales en el medio humano en que vivimos. De ahí que pueda verse una excelente obra educacional en la política inmigratoria que nos dé, si fuese ello posible en la medida de lo deseable, buenos contingentes étnicos (acaso los sajones, esos individuos de tendencias prácticas, comerciales e industriales, como con tanto tésón propiciaran Sarmiento y, sobre todo, Alberdi, aunque con alguna resistencia de parte de Estrada) que nos aporten cualidades que no tenemos y maneras de ser que nos harían mucho bien.

Es cierto, sin embargo, que, en principio, la mejor y la más importante de todas las educaciones, es la que puede dar el Estado, siquiera por lo que es más general, por lo que puede ser hasta obligatoria, por lo que es más sistemática y coordinada y por lo que toma al individuo en el período de la existencia en que es plasmable y dúctil, lo que así da pie para que las consiguientes sugerencias se incorporen a su capital psicoló-

gico y se fijan con el arraigo perdurable con que subsisten las cosas de la infancia y de la juventud adolescente; en ese encanto de los recuerdos primitivos que nos seducen como repercute un eco lejano en la secreta e indefinible orquesta del corazón, y que nos mecen y arrullan, en sus arreboles de eclosión de nuestra vida consciente, como nos embriaga el auspicio de un sol que va incendiando la enorme bóveda del orbe en el artesonado policromo de las nubes y del cielo, cuando en la aurora la madre naturaleza se despierta con todos los hálitos, con todos los perfumes, con todos los colores, con todas las voces y con todo el bullicio que proclaman el imperio soberano de la luz y de la vida

Quiero, pues, referirme a esa educación oficial, que por sí sola supone y entraña tanto: ya en la instrucción general de nuestra masa popular, que pueda salir así de lo subalterno de la vida instintiva e individual, y que resulte capaz de vivas nociones solidarias y nacionales y de contacto con la vida desinteresada y superior de los libros; ya en la preparación de nuestros profesionales — comerciantes, agricultores, industriales y técnicos de todos los órdenes — que pongan en juego las ingentes y potenciales propulsiones de nuestro medio generoso, y que actualicen los recursos primordiales de todo país novel como el nuestro, cuales son la consistencia económica y la riqueza; ya en la cultura moral de nuestro ciudadano y hombre, que nos dé individuos con iniciativa propia, con voluntad, con temple, con altiva dignidad y con altruistas virtudes de la justicia más severamente incorruptible y que ante nada se doblega ni cede; ya en la misma formación universitaria de los hombres dirigentes que hayan de regir las instituciones fundamentales de la ciencia, del arte, de la moral, de la política, de las finanzas y del general gobierno del país, y que hayan de resolver los grandes problemas de nuestra consolidación, de nuestra expansión y de nuestro bienestar, a la luz de los ideales supremos de nuestro destino.

Cualquiera de tales tópicos tiene su base en la escuela primaria, por lo mismo que ésta es la gran modeladora de toda la cultura, al orientar las actividades iniciales del individuo y al contener así los gérmenes de su ulterior conducta. Pero ninguno de ellos abarca la importancia del primero: la instrucción

primaria es la piedra angular, no ya de toda la educación, sino de la misma democracia, como estampara Sarmiento a propósito de las escuelas de los Estados Unidos, y aún del conjunto del organismo social, que fatalmente se asienta sobre la base de su masa de población que se llama pueblo. Digan lo que quieran Sarmiento y, sobre todo, Alberdi, a propósito de la educación profesional y técnica, que tanto han propiciado, por razón de que nuestros países recién nacidos se desviven por comercio e industrias, por ferrocarriles y vías de comunicación, y por obras públicas de todos los géneros; esa educación es de carácter especial, es limitada a ciertas actividades e individuos, y no contempla indeterminadamente la totalidad de los habitantes como la primaria. A lo sumo si en ésta debe tenderse a prepararla con planes y con una acción docente científica, objetiva y hasta manual que despierte propensiones y que fomente hábitos; para que, al egresar de la escuela, haya una buena dosis de educandos que se inclinen a los fécondos horizontes de las estancias, de las fábricas, de los talleres y de los negocios, en substitución de la muy numerosa proporción de aquellos que se dirigen a la educación secundaria y a las carreras liberales, sin mayores títulos al efecto y sólo por virtud de la sugestión de un bagaje literario y palabrero que no los ha habilitado para "hacer", y que los obliga a pasear luego, en un proletariado claudicante, la menesterosidad de un espíritu que no tiene más horizontes que un empleo de vegetación pura, cuando no las dobleces y artimañas de esos amora-les fronterizos con el derecho penal.

Algo análogo, si bien en otro sentido, cabe decir con relación a los restantes: los jardines de infantes, los establecimientos tutoriales, las universidades y facultades y todo lo demás, son cosas capitales, sin duda, pero no alcanzan el valor de fondo e integral de la cultura primaria. Es en ésta, en lo que llamamos "escuela", donde se halla la pancea más conspicua y primordial de nuestro auge. Convenzámonos de que no hay problema en el país, sea él cual fuere, que no tenga su asidero definitivo y último en la cuestión educacional. Como que el determinismo colectivo va de abajo para arriba, y no al revés; y como que para ello precisa estimular la inteligencia y fecundar la consciente afectividad volitiva de

quien constituye ese "abajo", que no es otro que el pueblo, que no es otro que la masa de habitantes que forman nuestro capital humano. Tenga conciencia el pueblo, sea éste capaz de exteriorizar sus deseos y su voluntad, y ya surgirá solo el ambiente general de las ideas y sentimientos que entrañarán la modalidad dominante, y que serán esas fuerzas sociales tan invisibles como imperativas y tan sutiles como enérgicas, que en su expresión genérica se denominan "opinión pública", "vox populi" o "espíritu democrático o republicano"; y ya vendrán, sobre asientos incommovibles, los colegios nacionales, los establecimientos profesionales y las facultades universitarias.

Escuelas, señores, escuelas y más escuelas; vale decir, guerra al analfabetismo; tal debe ser la gran misión de todo argentino. La verdad que no es poco lo que tenemos realizado hasta ahora, si lo comparamos con lo que han hecho nuestros hermanos del continente latino. No hay de estos países ninguno que como el nuestro gaste $\frac{1}{8}$ de su presupuesto total en asuntos de educación (la única excepción de Panamá es explicable por razones de toda obviedad): en cambio, los hay que apenas si destinan al efecto un vigésimo, un trigésimo y aun menos, para consagrar a cosas militares — que, sobre todo entre nosotros, latino-americanos, son la antítesis de lo que represente escuela, cultura y unión — $\frac{1}{7}$, $\frac{1}{5}$, $\frac{1}{4}$ y hasta $\frac{1}{3}$, siendo así que nosotros nos limitamos a $\frac{1}{14}$. Tampoco hay país que disponga proporcionalmente de más escuelas (casi una por cada cien habitantes en edad escolar), pues que oscilan entre una escuela por cada 200 y hasta por cada 700 niños que debieran tener educación. Lo propio pasa con los analfabetos: nuestra proporción total es de 43 o|o; otros llegan a 60, a 82 y aún a 88, sin contar a Méjico que atraviesa, desde varios años, por una situación demasiado "anormal" para que pueda ser considerada comparativamente.

Pero debemos pensar que, así y todo, hay países que son nuevos y extensos como el nuestro, y que cuentan no con una sino con seis y más escuelas por cada cien niños, que gastan no $\frac{1}{8}$ sino $\frac{1}{4}$ de sus rentas en materias de educación, y que tienen porcentajes ínfimos de analfabetos que ni llegan a la simple decena. Tal acontece en el Canadá, y, especialmente,

en los Estados Unidos. Esos son los modelos, los que están arriba, que deben inspirarnos y guiarnos. Y si en la Capital de la República hemos conseguido ya reducir los iletrados a 15 por ciento, lo mismo debemos hacer en todo el país, para borrar en lo posible, por la vía del "festina lente" de la acción sostenida y firme, esa lacra, esa úlcera social de la incultura, que, en general, es el mejor caldo de cultivo de los adolescentes que nos revelan estadísticas tan pobladas de parásitos, de vagabundos y de delincuentes.

Y la obligación es mayor en circunscripciones metropolitanas como ésta, por lo mismo que son tan extensas y cuentan con una densidad de población asaz relativa. De ahí que, según el censo escolar de 1909, sobre una población total de 11.658 niños que ella tenía en edad escolar, hubiera 4.360 analfabetos (vale decir, más del 25 o|o), 3.969 semi-analfabetos (esto es, el 24 o|o), y sólo 8.329 alfabetos (apenas el 51 o|o).

No es eso todo. A mi pedido, nuestro amigo, el doctor Salas, Inspector de este Distrito, me ha facilitado un cuadro estadístico del cual resulta que de los 10.000 niños que concurren a las escuelas locales, 50 o|o frecuentan el 1er. grado, 22 o|o el 2.º, 12 o|o el 3.º, 7 o|o el 4.º, 3 o|o el 5.º y sólo un 1 o|o el 6.º y último. He ahí una serie de cifras que debe preocupar a nuestras autoridades educacionales, y a todos aquellos que como los dignos miembros de la "Sociedad Popular" que nos auspicia, se interesan por el problema más vital del país. Porque es menester advertir que las indicadas proporciones, salvo pequeñas diferencias de grado, son de carácter general en toda la metrópoli y en el país entero: son muchos los niños que abandonan la escuela después de haber pasado los primeros grados, y que figuran así como alfabetos en las estadísticas. ¿A dónde van? ¿Qué hacen?... Las respuestas son obvias para lo común de las situaciones: los niños alcanzan a los 10 años, y resultan capaces de trabajo; y en la rudimentaria psicología de los padres, ya tienen aquellos bastante capital, con saber deletrear, con saber sumar y con saber poner su firma, para desenvolverse, y bien pueden contribuir al mantenimiento de la familia, cuando no al atesoramiento doméstico, con una ocupación cualquiera... Poco importa que ésta los agote físicamente entre los gases saturados de un taller exhaus-

to de población o entre lo antihigiénico de una fábrica; tampoco dice nada el callejerismo de la venta de diarios, que los vincula con pequeños amorales y degenerados que serán mañana la población de nuestras cárceles. Nada importa todo ello: lo importante es que ganen dinero y se hagan "hombres". Y luego, cuando el desamparo de la incultura y la licencia del autogobierno de parte de adolescentes que necesitaban freno y orientación, entreguen a la sociedad, en la mayoría de esos "semi-analfabetos", verdaderos "déclassés" y simples y míseros residuos psicológicos de espíritus que resultan toda una claudicante protesta contra una educación abortada; ya verán tales padres a qué precio y con qué consecuencias han aprovechado al niño en detrimento del hombre ulterior...

Pero quiero atenerme ya, para concluir, a lo que efectivamente contamos en las escuelas. También allí cabe realizar tarea de primera agua y de las mejores virtualidades sociales. Ordenen las autoridades planes con tendencias utilitarias, como las que propiciaran los fautores de nuestra organización; o se atengan a los planes enciclopédicos, literarios o excesivamente superiores que hasta ahora hemos tenido; siempre queda la obra activa de la enseñanza y de la educación, que está bien por encima de todos los planes y de todos los reglamentos. Es en esa acción docente, es en esa intelectual y moral paternidad, donde se halla el venero más firme de toda la eficiencia escolar, por lo mismo que ella no es otra cosa que la colaboración positiva del maestro y del alumno en el desarrollo de las aptitudes y de la personalidad de este último. Y es en el maestro, es en ese anónimo y sublime artífice de ciudadanos y de hombres, es en ese silente y modesto funcionario de la institución más capital en la vida de cualquier pueblo; es en el maestro, señores, donde radica la propulsión inicial de nuestras esperanzas, de nuestro porvenir y de nuestra rosada aurora de ventura. Tributémosle, desde lo íntimo de nuestros corazones, el reverente homenaje que se merece por su apostolado social, por su devoción patria y por su superior y eminente sacrificio. Nadie se lo merece más que él. Nadie le es superior en importancia colectiva y en creación de valores nacionales. Ahí va un hombre: descubrámonos; es un maestro que pasa...

Y felicitémonos del movimiento ya iniciado en favor de su preparación y formación y de su debida dignificación. Contamos ya con un plantel de maestros, por lo menos en los grandes centros de población, que son garantía de relativa acción eficiente y de éxito seguro. Aquel gran consejo de Montaigne de que en la educación del niño debe tenderse, mucho menos que a llenarle el cerebro, a disciplinárselo armónicamente y a desarrollárselo con el desarrollo simultáneo de su organismo fisiológico, en una plenitud de ideación, de volición, de moralidad y de energía, va siendo, poco a poco, una realidad. Ahí está el plan vigente que así lo predetermina. Sólo falta que se lo traduzca en hechos, para que en vez de tener sabihondos en todas las cosas — la ignorancia erudita acerca de todo! — consigamos simples ciudadanos y hombres capaces de actividad y expansión personales, y positivos sedimentos y amparos de patria y de cultura.

Esa es la gran tarea de nuestros maestros: darnos ciudadanos, y no parásitos de cloróticas empleomanías; darnos hombres, y no cloróticos adefesios psíquicos de individuos que apenas si saben “decir” y que son la confesión paladina de un fracaso educacional y de una traición a las leyes del espíritu y del mismo buen sentido.

Esa será la obra, la gran obra de nuestro maestro. Cuando la haya puesto en práctica, lo menos que deberán hacer los poderes públicos y el pueblo argentino, será levantar en cada ciudad un monumento que fije y perpetúe su homenaje por parte de todas las generaciones, que han tenido en él el paladín esforzado de una psicológica consagración amasada con cariño, con sacrificio y con patriótica y fecunda previsión... “*Magjores..*, dice Juvenal en una de sus *Sátiras*, *proceptorem sancti voluere parentis esse loco*”, casi evocando aquello de Fedro de que “*Pater magis, qui educat, quam qui genuit.*” Tal es la inscripción que yo querría se colocara en el monumento. No habría reverencia más honda, ni tributo más sincero de reconocimiento, de gratitud y de nostálgica e imperitura memoria.

ALFREDO COLMO.
